

11. Ser ayudado a juzgar correctamente. La obediencia.

Lo que decía sobre el juicio evangélico respecto a nuestro interés, es un aspecto importante que en mi opinión no se enfatiza lo suficiente en la formación, incluso en la formación para vivir los votos y las promesas.

De hecho, me doy cuenta de que el 90% de las infidelidades a una vocación y a los compromisos que conlleva, tanto en la vida religiosa como en la laica, provienen de un error, o al menos de una confusión, en el juicio sobre lo que es mejor para nosotros. A veces tenemos esta confusión de juicio con respecto a los demás, y entonces, sobre todo si a uno se le confía la formación o el liderazgo de una comunidad, corremos el riesgo de hacer un daño muy grave. Si, por ejemplo, estoy conduciendo un coche y estoy convencido de que es bueno que mi Fiat 500 vaya a toda velocidad a 200 km por hora, y encima en una carretera de montaña, este error de juicio hará que acabe muerto y empedrado en el fondo del valle, junto con los que viajan conmigo. Si entonces, en lugar de conducir un Fiat 500, fuera un conductor de autocar, mi error de juicio podría llevar a la ruina a unas cincuenta personas.

Hay que ser muy estúpido para estar convencido de que se puede conducir a 200 km/h en una carretera de montaña. El verdadero problema en estos casos no es la estupidez, porque de niños o antes de informarnos sobre algo, todos somos esencialmente estúpidos. El verdadero problema es la falta de humildad que lleva a creer que un juicio procedente de uno mismo es mejor que buscar consejo y confiar en la experiencia de otros, es decir, que lo que uno piensa y juzga desde sí mismo es más seguro que lo que aprende.

Cuánto daño hacen los superiores o los formadores que carecen de la humildad de preguntar, de aprender, de escuchar para formarse un juicio recto sobre lo que es bueno para ellos mismos, para la comunidad, para cada persona que encontramos. Por desgracia, en la sociedad humana, y a menudo en las sociedades eclesiales en particular, uno se cree tanto más responsable y con más autoridad cuanto menos tiene que preguntar, aprender y escuchar a los demás. Aquí radica toda la importancia de la sinodalidad, y por eso la sinodalidad, antes de ser una cuestión de prácticas, es una cuestión de humildad para buscar la verdad y la bondad de lo que juzgamos, decidimos y hacemos.

Si entendemos esto, quizás después de alguna experiencia de errores y desastres causados por nuestra orgullosa autonomía de juicio y comportamiento, comprendemos por qué el primer voto que la Iglesia, y en particular San Benito, nos pide que hagamos es el de la obediencia.

No sé si existe una definición más concisa y profunda de la obediencia que la que da San Benito al principio del capítulo 5 de la Regla: “El primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Exactamente la que corresponde a quienes nada conciben más amable que Cristo, por razón del santo servicio que han profesado, o por temor del infierno, o por el deseo de la vida eterna en la gloria” (RB 5,1-3).

En estos pocos versos se encuentra todo. En el fondo están todos los votos y compromisos de nuestra vocación, pero ya de todo bautizado, en toda forma de vocación.

La obediencia sin demora, sin interponer algo entre lo que se nos pide y el “sí” que lo realiza, no significa automatismo, como cuando se pulsa un botón y la máquina hace inmediatamente lo que debe hacer. La obediencia inmediata significa en realidad la libertad inmediata. Porque no estamos hechos para funcionar como máquinas, sino para elegir, para elegir entre el sí y el no. Jesús también nos lo recuerda: “Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno” (Mt 5,37). Si no hay libertad que decida, que elija, no hay humanidad. El diablo ya no puede elegir decir sí a Cristo: ha elegido un “no” eterno, y quiere arrastrar a toda la humanidad a este rechazo de Cristo. ¡Qué tristeza todos estos personajes de la política, del espectáculo, del pensamiento, que están tan vendidos como esclavos al poder del mal que ya no pueden decir sí a Cristo, es decir sí a la verdad, a la vida, al amor, a la verdadera paz! Qué importante es entonces que vivamos nuestra obediencia con verdad y amor. No se trata en absoluto de obedecer para que las cosas funcionen bien, como una máquina, como un ordenador. No, se trata de decir sí a Cristo con una libertad constante, siempre renovada, en cada oportunidad, incluso la más pequeña.

La obediencia, dice San Benito, “es para aquellos que no estiman nada más querido que Cristo”. La obediencia que se nos pide cultivar es un sí de los amantes, la libertad de los corazones apasionados al Señor. No tener nada más querido para uno mismo que Cristo corresponde positivamente a la afirmación de San Pablo: “Todos buscan su interés, no el de Jesucristo.” (Flp 2,21). Buscar el interés de Cristo significa precisamente no tener nada más querido que Él, nada más precioso que Él mismo. Uno no duda en obedecer, porque antes de pensar en el propio interés, piensa en Cristo, se interesa por Cristo, no quiere perder a Cristo, aunque por Cristo pierda su vida, o todo lo que tiene, o el espacio autónomo de su libertad.

Vivimos en una cultura en la que cada uno lucha por salvar el espacio autónomo de su libertad sin darse cuenta de que en ese espacio uno está solo, se queda sin amor, simplemente porque en ese espacio autónomo no hay lugar para los demás, sólo hay lugar para uno mismo. Pensemos en los millones de niños abortados para “salvar” el espacio de libertad de quienes deberían acogerlos. ¿Qué libertad te queda sin ese hijo o hija que no acoges? Te queda una libertad amputada de su destino de amor, de convertirse en amor, de realizarse, como la libertad de Dios, en la caridad, en la entrega de Cristo a todos, especialmente a los más pequeños e indefensos.

Siempre me siento pequeño y discerno de aquellos que acogen a un niño que, por enfermedad u otras razones, viene a restringir la libertad de acción de uno, la libertad de hacer lo que uno quisiera. Me inclino y aprendo porque ahí vemos que quien dice este sí se encuentra con una libertad infinita, la libertad de amar como Dios ama. La libertad por la que juramos obediencia.